

## Los negacionistas (por Álvaro Otero)

Fuente: Club Cultura

Marcel Lefebvre fundó en 1969, cuando era arzobispo, la Fraternidad de San Pío X sobre la base de la oposición más radical a todo signo de apertura en la Iglesia Católica. Reaccionario hasta en la escenografía, recuperador de la misa en latín y de los antiguos hábitos, Lefebvre comenzó a enfrentarse seriamente a Roma tras el II Concilio, afirmando que inoculaba en la Iglesia "todos los males que condenamos, como el comunismo, el socialismo, el modernismo y el sionismo". Consideraba, sin embargo, el franquismo como "el más acertado sistema político en lo referente a los valores católicos", y en los años setenta del siglo pasado, mientras miles de personas morían torturadas en Chile y Argentina, defendió los regímenes militares de esos países. El ecumenismo, el diálogo entre religiones propiciado por la Iglesia moderna, fue una de las bestias negras de Lefebvre, y el clímax en su particular escalada ideológica lo alcanzó negando el genocidio judío perpetrado por los nazis. En 1976 pasó de las palabras a los hechos y se atrevió a ordenar sacerdotes sin el consentimiento del Vaticano, que lo suspendió a divinis, es decir, lo expulsó de la carrera pastoral. Inasequible al desaliento, a pesar de su aspecto de venerable anciano de cabello blanco, en 1988 orquestó una ceremonia de consagración de cuatro obispos donde no faltaron los cantos gregorianos, las cabezas rapadas, el aire cargado de incienso y las casullas y roquetes medievales. Juan Pablo II los excomulgó de forma fulminante, a él y a los cuatro obispos, pero daba igual: Lefebvre murió, tres años después, dejando miles de seguidores y un reguero de iglesias, monasterios y escuelas por todo el mundo. Entre ellos, uno de los sacerdotes que había ordenado en 1976, el británico Richard Williamson, famoso estos días por sus entrevistas, en las que niega una y otra vez que millones de judíos fuesen gaseados en Alemania durante la II Guerra Mundial, a pesar del retracto sobre semejantes afirmaciones que le exige el Papa. Para defender sus tesis, este obispo que ejerce en La Reja, cerca de Buenos Aires, por donde suele salir a hacer footing en sotana, se apoya en tales consideraciones sobre el gas cianuro, sobre la altura de las chimeneas de los crematorios, sobre el diseño de Auschwitz, que cuando uno las lee se pregunta qué es más delirante, si el hecho de que este personaje sea obispo o que, para seguir siéndolo, el Vaticano le haya pedido que se retracte, esto es, que mienta sobre sus verdaderas convicciones. Nada nuevo, en fin, en la gestión romana de la viña del Señor. Boffs expulsados, pederastas perdonados, negacionistas de mitra y báculo clamando sus sandeces desde el púlpito. Para quienes creemos, un desgraciado y secular suma y sigue.